

Vilma Villaverde

ARTE CERÁMICO EN ARGENTINA II

ESCUELAS, MAESTROS Y COLEGAS



Muestra distribuida por la editorial

ÍNDICE

Capítulo 1. Mis primeros años	9
El inicio al estudio de arte	10
Encuentro con la cerámica	12
Mi taller	19
El vidrio	21
 Capítulo 2. Hacer cerámica	 28
Clasificación de la producción	28
Formación de oficiales ceramistas.....	30
Taller del Divino Rostro	30
Escuelas de arte versus técnicos ceramistas	31
Escuela Nacional de Bellas Artes “Manuel Belgrano”	32
Escuela Nacional de Bellas Artes “Prilidiano Pueyrredón”	32
Escuela Superior de Bellas Artes de la Nación “Ernesto de la Cárcova”	33
Enseñanza de la cerámica	35
Escuela Nacional Industrial de Cerámica. La “escuela de Bulnes”	35
Instituto Municipal de Cerámica de Avellaneda “Emilio Villafañe” IMCA EV o la “escuela de Avellaneda”	37
Cerámica artística en el Salón Nacional de Artes Visuales	38
Otros debates	40
 Capítulo 3. Oberá	 42
Del Instituto Superior del Profesorado en Disciplinas Estéticas a la Facultad	42
Nina Kislo Kairiyama, <i>alma mater</i> de Oberá	46

Muestra distribuida por la editorial

Artista y compañera	49
Proyectos e iniciativas de Nina Kislo	52
Capítulo 4. Mis colaboradoras	54
Esther Cristian	54
Loretta Brass	58
Alejandrina Cappadoro	64
Nélida Álvarez	72
Jaly Vázquez	74
Capítulo 5. Maestros y colegas	79
“Las Fotheringham”	79
Héctor Cartier	84
César López Claro	87
Mabel Santos	90
Šime Pelicarić	91
León Ferrari.....	94
Ponciano Cárdenas.....	99
Alicia Schettini	105
Tove Johansen	108
Hilda Hurvitz	114
Julio Gómez	116
Beatriz Orosco.....	118
Ingeborg Ringer	123
Héctor Alves	130
Profesor Luis Pardini.....	134
Artemio Alisio.....	138

Muestra distribuida por la editorial

Elio Ortiz..... 144

Eduardo Andaluz 149

Mónica Lerner 156

Emilio Villafañe 160

Julia Muratake y “El Último Taller” 168

Bibliografía 174

Capítulo 1

Mis primeros años

Nací un día de carnaval. Recuerdo que mi mamá me contó que a los tres días tuvo que reintegrarse al trabajo para atender un telar, donde trabajaba parada durante ocho horas. Tenía 32 años. Fui la menor de tres hermanos.

Decía Dalmiro Sáenz que todos acumulamos en la memoria frases escuchadas de alguien, que van formando nuestro pensamiento y opiniones. Cuando le comenté a una alumna que yo de mi infancia no recordaba nada, ella me respondió: “porque fuiste feliz”, y lo adopté como criterio propio: tuve una infancia feliz.

Mi mamá trabajaba en la fábrica Sudamtex. Una textil muy importante, con turnos rotativos de ocho horas. A veces entraba a las seis, otras veces trabajaba de noche; ya más grande, recuerdo que por lo menos una vez la fuimos a buscar y vimos que todos los que salían tenían que mostrar lo que llevaban en los bolsos para controlar que no robaban géneros. Qué feo me resultó ver eso. Era mi mamá.

Una familia de clase media alta ayudó a mi crianza hasta que tuve seis años. Yo me sentía un juguete para sus hijas, tres chicas jovencitas, que me enseñaban versitos y también cuentas. Recuerdo que me firmaban el cuaderno y me ponían “pésimo”. Yo preguntaba qué decía y salía corriendo feliz, diciendo “me saqué un pésimo”, como si fuera un premio. Todos se reían conmigo.

Nos mudamos luego a esa casa en la Capital, la casa de mi abuelo, papá de mi mamá. Ya en esa casa, recuerdo que cuando comenzaron las clases mi hermana –un año y medio mayor que yo–, no quería ir a la escuela, no se quería levantar, y yo al lado le decía “andá que es lindo”; yo no sabía bien cómo era, pero me parecía que era más lindo que quedarse en la casa. Faltó tanto a clases que al final hicimos toda la primaria juntas, aunque ella era más grande que yo. De mi papá tengo muy pocas memorias, pero lindas; recuerdo que jugábamos a la generala y yo –con apenas cinco años– tenía suerte, y entonces me dejaba tirar con el cubilete: sacaba escalera servida y otras veces todos cinco, y ganaba. También recuerdo que mi papá traía a la casa los huevos para revisar y seleccionar, y era muy común encontrar algunos con dos yemas, que nos dejaba para nosotras. Los mirábamos al través de una luz de velador, era toda una ceremonia la selección.

Una noche lo recuerdo sentado en un banco bajito, él era muy alto y grandote, con nuestros zapatos alrededor. Los lustraba y quedaban tan brillosos como si fueran de charol. Era el mes de octubre.



Vilma Villaverde y su hermana (1951)



Vilma Villaverde terminando la escultura de sus padres (1986)



Alumnas pupilas y medio pupilas de la Sagrada Familia

Mi abuelo nos llevaba muy temprano al colegio de monjas Casa de Jesús, que quedaba en Corrientes y Yatay, donde estábamos medio pupilas. Recuerdo que desde la ventana del colegio veíamos a mi papá cargando maderas en la maderera Dubin Toscano, que quedaba frente al colegio. Pero ese día 26 de octubre nos vinieron a buscar más temprano, mi papá se había muerto. Apenas lo vimos en la cama al llegar, nos sacaron y nos llevaron a otra casa. Nuestra situación cambió, ya tuvimos que quedar pupilas, dormir en el colegio y salir solo los fines de semana. Mi mamá seguía trabajando en la fábrica, y a mi hermano –que tenía 16 años– le dieron trabajo en el puesto de mi papá. No tener papá en la primaria hacía que nos discriminaran otros alumnos. Y ser pupilas también, antes éramos externas.

No la pasábamos bien. Por eso, cuando llega al colegio una alumna a la que llamábamos cariñosamente por su apellido “la gorda Esclani”, nos hicimos amigas. La llevaron a ese colegio católico porque se había quedado sin papá. Hicimos causa común. A ella también la discriminaban por ser judía, así que una vez que nos sugirieron a mi hermana y a mí que “la lapicera la robó ella” (Esclani), nos negamos rotundamente, y nos

expulsaron a las tres. Nunca olvido que mi mamá no tuvo ni una mínima palabra de reproche, que, por supuesto esperábamos, ya que ella trabajaba y no teníamos cómo seguir en el colegio. Viene a mi memoria un octubre caluroso en el mediodía bajo el sol, caminando por calles que recuerdo anchas y largas, interminables, buscando otro colegio donde poder terminar el año pupilas, que era la única solución. Y lo conseguimos, era el Instituto Sagrada Familia, donde las monjas usaban hábitos blancos y las alumnas “internas” teníamos que usar delantales negros. Mi hermana lloraba cuando mi mamá, en la olla grande que había visto teñir mucha ropa cuando el duelo de mi papá ahora teñía nuestros lindos delantales blancos. Mi mamá para consolarla le decía “les voy a poner trencilla roja”, y mi hermana lloraba más diciendo que íbamos a parecer gatos. Yo, siempre contemporizadora, le decía “nos van a quedar lindos, vas a ver” y en el fondo me gustaba ver esa cosa rara de delantales negros. Y pudimos terminar tercer grado.

El inicio al estudio de arte

En cuarto grado pudimos ir a la escuela Yapeyú, pública, en la calle Malabia, a pocas cuadras de casa. En quinto nuestra maestra se enfermó y fue reemplazada por otra que ostentaba los apellidos Vedia y Mitre de Rossini. Si bien no me acuerdo nada de la escuela, tengo claro que fue esa maestra quien citó a mi mamá para decirle que me enviara a estudiar arte, que yo tenía condiciones. Y mi mamá, que era muy abierta a todo lo que estaba relacionado con sus hijos, luego de consultar, decidió que yo debía prepararme en dibujo para poder entrar en la escuela de Bellas Artes Manuel Belgrano. Frente a mi casa mi hermano tenía un gran amigo que se recibió de dentista; el padre, tapicero, además pintaba y participaba en concursos... pero ¡qué tedio sus clases! con música clásica, poca luz, solo importante la luz de la naturaleza muerta, alguna fruta, un reloj tipo “capillita” y otras cosas que ni recuerdo. Yo no sabía qué ni cómo hacer, mientras el señor trabajaba en el taller; yo parpadeaba porque después de comer me daba sueño. En unos meses fui a rendir el examen para entrar en Bellas Artes y por supuesto no entré. Para que yo no perdiera el año, mi mamá buscó otro lugar y encontró la Escuela Perugino, que quedaba en la calle Cuba esquina Pampa. Allí comencé; era una institución privada con un curso de tres años equivalentes a los primeros tres años de la escuela de Bellas Artes oficial –“la Belgrano”– cuyo programa era de cuatro años. Entré a

los 13 años, y siempre fui consciente de que mi mamá hacía un gran esfuerzo para pagar esa escuela donde iban todos alumnos de alto poder adquisitivo y también apellidos, por ejemplo, Coca Mujica, sobrina de Manuel Mujica Láinez, entre otros.

Disfruté mucho el tiempo que pasé en esa escuela, inclusive no me afectaba la diferencia social que existía entre mi situación y la del resto del alumnado. Completado este ciclo básico y pensando en comenzar en la Belgrano, nos encontramos con la novedad de que habían cambiado los planes de estudio; entonces, ese curso anterior al superior, lo hicimos en la escuela Prilidiano Pueyrredón, ubicada en un hermoso edificio en la calle Las Heras y Callao, para completar lo que se llamó Plan de Transición. Ese año 1958 lo cursamos casi todos los que egresamos de la Academia Perugino, en el turno mañana; pero como yo comenzaba a trabajar, en 1959 ingresé en el turno noche.

No voy a olvidar nunca mi primera clase de dibujo con el pintor Goijman. Siempre las escuelas eran mixtas, pero en la Perugino había muy pocos varones, dos o tres, y no siguieron después. En ese año, en el turno noche de “la Pueyrredón”, había más varones que mujeres; y cuando yo entro por primera vez a la clase entre tantos varones, había un curso con modelo vivo desnudo. Era una mujer negra, alta y joven. Qué vergüenza, yo no podía ni mirar al profesor Goijman. Si bien ya había participado de cursos de dibujo con desnudo, éramos casi todas mujeres, lo vivenciábamos diferente.

Cuando completé mi carrera en Bellas Artes, nuestro viaje de estudios (septiembre de 1961) tuvo como destino Brasil; visitamos Río y San Pablo, donde se realizaba la Primera Bienal de Arte de São Paulo. No sé cuántos días estuvimos viajando, hasta subir a algún ómnibus que nos llevara a destino.



Escuela de Bellas Artes “Prilidiano Pueyrredón”

Mientras estudiaba, trabajé de telefonista en la compañía de seguros Caledonia. En ese tiempo trabajar en el seguro era como trabajar en un banco, había créditos; y pude dedicarme a la fotografía, que me gustaba mucho. Formaba parte de un grupo de Bellas Artes junto a tres fotógrafos, con quien compartíamos cursos y conocimientos. La fotografía me acompañó durante muchos años como segundo trabajo: instalé un laboratorio en una piecita que me dio mi mamá, cuando se desocupó. Hasta ese momento había vivido allí Antonio, un inquilino de mi abuelo que un día trajo a su novia –mulata como él– nos anunció que se casaba, y dejó el cuarto libre.

En ese laboratorio casero, pero bien equipado, practiqué mucho. La impresión fotográfica no fue mi fuerte, pero sí los revelados que aprendí haciendo el trabajo de laboratorio para una farmacia que me daba los rollos para revelar. Farmacia Raffo, en la esquina de mi casa, en Canning (Scalabrini Ortiz) y Loyola. Y además de hacer “sociales” me especialicé en sacar fotos de chicos, lo que me gustaba bastante –reconozco que lograba algo bueno en muchas oportunidades– y también me presenté en algunos concursos fotográficos, pero me costaba seleccionar las fotos. Una vez tenía tres fotos que me gustaban, y como no me decidía y solo se podía presentar una, no tuve mejor idea que presentar las tres con diferente nombre: así obtuve tres diplomas, el más importante con mi nombre, otro con el nombre de mi hermana y otro con el nombre de una compañera de la oficina. El jurado actuaba frente al público y recuerdo que uno de los jurados peleó tanto por una de mis fotos que tenía otro nombre, que me dije: pensará que es de alguien conocido, porque luchó hasta conseguir una de las menciones.

Encuentro con la cerámica

En los años sesenta, la cerámica artesanal se puso de moda en vajilla y adornos. Los famosos juegos de mesa de porcelana para doce personas de las prestigiosas Verbano y Tsuji, pasaron a tener un costo menor que el de una vajilla de cerámica de autor.

Así, compré dos tazas firmadas B.I.Z, que aún hoy conservo, que tenían una característica muy artesanal: esmalte interior celeste oscuro con pintas azules, colocadas manualmente sobre el esmalte con un cepillo, y por fuera un marrón claro con las características del óxido de cobre. Todavía hoy tienen una calidad que parece no haber cambiado con el tiempo y el uso. Tener esas tazas para uso diario fue algo que me acercó a la cerámica, y al deseo y la curiosidad de ver cómo se hacía. Fui a visitar a una compañera de estudios, Any Szerezovic, que tenía el conocido “Taller de la Flor” donde enseñaba pintura y cerámica para niños, ubicado en el Barrio de Belgrano. Los niños del curso, contentos de enseñarle a la “compañera de escuela” de la maestra, me dieron arcilla, y con un “señorita” de aquí y “señorita” de allí, amasaban y me mostraban como se hacía; y terminé haciendo una pequeña pieza que aún tengo. Otro día fui para esmaltarla y ya había aprendido lo del bizcocho. Luego preparé unas pequeñas piezas como para hacer anillos y colgantes. ¡Qué ansiedad! Compré esmaltes de varios colores y los apliqué mientras me imaginaba los posibles resultados. Hice muchas piezas. ¡Qué trabajo para ponerlas en el horno! eran chiquitas y había que limpiarlas muy bien para que no se pegaran. Pero no era mi momento aún, el horno se pasó de temperatura y no pude ver resultados. La inquietud, sin embargo, ya estaba en marcha. Pregunté por un taller para estudiar. El taller de Leo Tavella estaba en Acassuso y era muy lejos para mí, que vivía en Belgrano. Luego me enteré del Instituto de Cultura Religiosa Superior, que se encuentra en Rodríguez Peña casi esquina Santa Fe, que tenía taller de cerámica. Me venía bien ese lugar por los horarios, porque yo trabajaba; pero ese año (1968) ya no había vacantes. La hermana María Mercedes me dijo que llamara porque les interesaban los alumnos que estudiaron Bellas Artes.



Ingeborg y Vilma en el taller

Entonces vi en el barrio de Belgrano, en la calle Olaguer y Feliú, un local con ventanas a la calle –una vieja carnicería transformada en taller de cerámica– que iluminado se veía maravilloso durante las noches. Al principio no me animaba a entrar; luego supe que era el taller de Ingeborg Ringer, y ya conociendo su nombre fui a visitarla. Estaba entusiasmada con la idea de empezar a hacer cerámica, su taller quedaba cerca de casa y fui su alumna por algunos meses; aún conservo la primera pieza que hice con ella. Muchos años después me contó Ingeborg que a los 19 años pudo montar un taller con tres hornos, para luego alquilar un segundo taller y al mismo tiempo hacerse su casa, y un tercer taller en